

## CHIAJA

Chiaja no es mas que una calle : no puede, pues ofrecer de curioso sino lo que ofrece toda calle, es decir, una larga hilera de edificios modernos de mejor ó peor gusto. Por lo demas Chiaja, como la calle de Rivoli, tiene una ventaja sobre todas las demas; y es la de no presentar mas que una sola línea de puertas, de balcones y de piedras colocadas con mas ó menos simetría unas sobre otras. La línea paralela está ocupada por los árboles cortados en forma de bóveda, de la Villa-Reale; de modo que desde el piso principal de las casas, ó mas bien de los palacios de la calle de Chiaja, como se las llama en Nápoles, se domina esta segunda parte del golfo, separado de la otra por el castillo del *Ovo*.

Pero si la calle de Chiaja no tiene curiosidades que observar en si misma, conduce á una parte de las curiosidades de Nápoles; por ella es por donde se va al sepulcro de Virgilio, á la Gruta del Perro, al lago de Agnano, á Pouzzoles, á Baia, al lago de Averna y á los Campos Eliseos.

Ademas y sobre todo, es la calle en donde todos los días á las tres de la tarde en el invierno y á las cinco en el verano, se pasea la aristocracia napolitana.

Vamos, pues, á abandonar la descripción de los palacios de Chiaja á cualquier honrado arquitecto que nos probará que el arte de la construcción ha hecho grandes progresos desde Miguel Angel hasta nosotros, y vamos á decir algunas palabras de la aristocracia napolitana.

Los nobles de Nápoles, como los de Venecia, jamás señalan fecha al origen de su familia. Acaso tendrán un fin, pero de seguro no han tenido principio. Segun ellos, la época floreciente de sus casas era en tiempo de los emperadores romanos : citan con mucha frescura entre sus abuelos á los Fabios, los Marcelos, los Escipiones. Los que no ven clara su genealogía mas que hasta el siglo XII, son de la nobleza ínfima el deshecho de la aristocracia.

Como todas las demas noblezas europeas, con algunas escepciones, la nobleza de Nápolés está arruinada. Cuando digo arruinada, es claro que debe tomarse la palabra en una acepción relativa. Es decir, que los mas ricos son pobres comparativamente á lo que eran sus antepasados.

Por lo demas, no hay en Nápoles cuatro fortunas que lleguen á quinientas mil libras de renta, veinte que pasen de doscientas mil, y cincuenta que fluctuen entre ciento y ciento cincuenta mil. Las rentas mas comunes son de cinco á diez mil ducados. El comun de los mártires tiene mil escudos de renta; algunas veces menos. No hablemos de deudas.

Pero lo mas curioso es que hay que estar prevenido con

respecto á esa diferencia para apercibirse de ella. En la apariencia todos tienen la misma fortuna.

Consiste esto en que generalmente todos viven en su carruaje y en su palco.

En efecto; esceptuando solo los trenes del duque de Evoli, del príncipe de San Antimo ó del duque de San Theodo que salen de la esfera comun, todos los demas poseen un tilburi mas ó menos nuevo, dos caballos mas ó menos viejos, una librea mas ó menos deteriorada; frecuentemente no se observa á primera vista mas que un mismo matiz en las fortunas entre las que media un abismo.

En cuanto á las casas casi siempre están cerradas herméticamente para los estrangeros. Cuatro ó cinco palacios principales abren orgullosamente sus galerías durante el día, y fastuosamente sus salones por la noche; pero todos los demas están como de luto.

Pasó el tiempo en que, á la manera de Fernando de Orsini, duque de Gravina, se escribía encima de las puertas: *Sibi, suisque et amicis, omnibus*; para sí, para los suyos y para sus amigos, para todos.

Es que, aparte de esas ricas mansiones, que perpetúan en Nápoles la hospitalidad nacional, las demas han decaído mas ó menos de su antiguo esplendor.

El curioso que, con ayuda de Asmodeo, levantara la azotea de la mayor parte de esos palacios, encontraria en una tercera parte la estrechez, y en las otras dos la miseria.

Gracias que, con la vida en carruaje y en palco, nada se ve de todo esto. Deja uno su tarjeta en el palacio, pero se encuentra en el Corso y se hacen las visitas en el Fondo ó en San Carlos. De este modo, se salva el orgullo; y como Francisco I: todo se ha perdido, pero á los menos queda el honor.

Me direis que desgraciadamente no se come con el ho-

nor, y es preciso comer para vivir, porque es evidente que cuando se cuenta con mil escudos de renta para costear un carruaje, alimentar dos caballos, pagar el salario de un cochero y el abono de un palco en el Fondo ó en San Carlos, no debe quedar gran cosa para hacer frente al gasto de la mesa. A lo cual responderé que Dios es grande, la mar profunda, los *macarroni* á dos cuartos la libra, y el *asprino* de Aversa á dos ochavos el *fiasco*.

Para instruccion de nuestros lectores, que probablemente no saben lo que es el *asprino* de Aversa, pondremos en su conocimiento que es un vinillo muy hermoso, término, medio entre el de Champaña, y la sidra de la Normandía. Asi pues con pescado, *macarroni* y *asprino* hace uno en su casa una magnífica comida que cuesta cuatro cuartos por persona. Suponed que la familia se compone de cinco personas; es veinte cuartos.

Quedan nueve francos para sostener el honor de nombre. ¿Pero y el almuerzo?

No se almuerza. Está probado que nada es mas sano que hacer una sola comida en las veinte y cuatro horas de dia. Solo sí, la comida cambia de tiempo y de hora segun la estacion en que se hace. En invierno se come á las dos, y mediante aquella comida quedan ya satisfechos hasta las dos del dia siguiente. En verano se cena á media noche, y mediante esta cena, hay ya bastante hasta el dia siguiente á media noche.

Ademas, hay tambien los elegantes que comen pan sin *macarroni*, ó *macarroni* sin pan, para ir á tomar por la noche, haciendo gran ruido, un helado en casa de Doncelli ó de Benvenuti.

Escusado es decir que esta higiene no se adopta mas que por las bolsas escuálidas. Los que tienen cien mil libras de renta tienen un cocinero francés, cuya filiacion y certificados están tan en regla como la genealogía de un caballo árabe. Estos hacen dos y algunas veces tres comidas al

dia. Para ellos no hay país: el Paraíso está en todas partes.

El primer placer de la aristocracia napolitana es el juego. Por la mañana se va al casino y se juega; por la tarde al paseo, y por la noche se asiste al teatro. Después del teatro se vuelve al casino y allí se juega otra vez.

La aristocracia no tiene más que una carrera abierta: la diplomacia. Pero como por más estendidas que estén sus relaciones con las demás potencias, no ocupa el rey de Nápoles en sus embajadas y consulados más de unas sesenta personas, resulta que las cinco sextas partes de jóvenes nobles no saben que hacer, y por consecuencia no hacen nada.

En cuanto á la carrera militar, no tiene porvenir. La carrera comercial carece de consideración.

No hablo de las carreras literarias ó científicas porque no existen: hay en Nápoles, como en todas partes, más que en las demás partes, cierta cantidad de sabios que disputan acerca de la forma de las tenacillas griegas, y de las badilas romanas, los cuales se injurian á propósito del gran mosaico de Pompeya y de las estatuas de los dos Balbos. Pero esto pasa en familia, y nadie se ocupa de semejantes puerilidades.

El objeto importante es el amor. Florencia es el país del placer; Roma el del amor; Nápoles el de la sensación.

En Nápoles se decide inmediatamente la suerte de un enamorado. O es simpático ó antipático al primer golpe de vista. Si es antipático ni solícitos cuidados, ni obsequios, ni constancia será bastante para hacerle amar. Si es simpático, se le ama sin mucha dilación: la vida es corta y el tiempo que se pierde no se vuelve á recobrar. El amante preferido se instala en la casa; se le reconoce, á pesar de la respetuosa distancia á que se mantiene de la señora de la casa, en el descuido con que se sienta y en el modo desenvuelto con que apoya su cabeza en los frescos. Además él es el que llama á los domésticos, quien despide las visi-

tas, y quien recoge los pescados encarnados que los nenes hacen caer desde la pezera al suelo.

En cuanto al amante desgraciado, se retira completamente consolado, seguro de que su infortunio no será eterno, y que bien pronto encontrará otra parte donde recoger pescados encarnados.

La aristocracia napolitana es poco instruida: en general su educación es descuidada en la parte intelectual; consiste esto en que no hay en todo Nápoles un colegio bueno, si se exceptua el de los jesuitas. En cambio, los que saben saben bien; han aprendido con profesores particulares. He visto señoras más fuertes en historia, en filosofía y en política que ciertos historiadores, ciertos filósofos y ciertos hombres de estado de Francia. La familia del marqués de Gargallo, por ejemplo, es una cosa milagrosa en su género. El hijo escribe nuestro idioma como Carlos Nodier, y las hijas le hablan como madama de Sévigné.

Los ejercicios físicos son por el contrario, muy cursados en Nápoles; casi todos los hombres montan bien á caballo, y tiran de un modo notable la escopeta, la espada, y la pistola. Su reputación sobre este punto está bastante estendida y es casi incontestable, son duelistas muy peli-grosos.

Este último periodo de nuestra narración, nos conduce naturalmente á hablar del valor de los napolitanos.

La nación napolitana, proporcionalmente y en razón del estado político de la Italia actual, no es ni una nación militar como la Prusia, ni una nación guerrera como la Francia, es una nación de pasiones. El napolitano insultado en su honor, exaltado por su patriotismo, amenazado en su religión, se bate con un valor admirable. En Nápoles un duelo es aceptado tan pronto y con tanto atrevimiento como en cualquier otra parte: y si varia en los preliminares que son, según las costumbres de las localidades, el desenlace es siempre llevado á cabo con tanto arrojo

como en Paris, San Petersburgo ó en Lóndres. Citaremos algunos hechos.

El conde de Rocca Romana, el San Jorge de Nápoles, tiene una disputa con un coronel, se señala el sitio en Castellamare, el arma elegida es el sable. El coronel se presenta en el lugar designado á caballo; Rocca Romana toma un fiacre y llega al parage donde le espera su adversario; el coronel recuerda á Rocca Romana, que una de las condiciones del duelo es que se verificará á caballo.

— Es verdad, responde Rocca; lo habia olvidado; pero eso no importa, el olvido es fácil de reparar. Al punto desenganchan uno de los caballos de su ficare, da un salto sobre él, se bate sin silla y sin brida y mata á su adversario.

En la época de la restauracion, es decir, hácia 1815. Fernando, abuelo del rey actual, de vuelta á Nápoles de donde estaba ausente hacia diez ó doce años, quiso restablecer los guardias de Corps. En consecuencia, se reunió aquel cuerpo privilegiado formándolo de las primeras familias de ambos reinos, y se dividió en cinco compañías, tres napolitanas y dos sicilianas.

Ya he dicho en el *Speronare* en el artículo de Palermo la profunda antipatia que separa á los dos pueblos. Compréndese, pues, que los sicilianos y los napolitanos no bien se hallaron en contacto, sobre todo en aquella época en que los ódios políticos estaban todavia palpitantes, cuando las desavencias estallaron. Algunos desafíos sin consecuencia tuvieron lugar al principio, pero muy pronto se resolvió en cierto modo confiar la causa de los dos pueblos á dos campeones elegidos entre sus hijos. Se queria ver de ese modo no solo un rencor vengado, sino una revelacion supersticiosa del porvenir. La eleccion recayó en el marqués de Crescimani, siciliano, y el príncipe Mirelli

napolitano. Verificada esta eleccion y aceptada por los adversarios, se decidió que se batirian con pistola, á la distancia de veinte pasos, y hasta herirse gravemente uno de los dos campeones.

Diremos una palabra acerca del príncipe Mirelli de quien vamos á ocuparnos especialmente.

Era un jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años. príncipe de Teora, marques de Mirelli, conde de Cruza, y que descendia en línea recta del famoso condottiere Dugone de Conza, de quien habla el Tasso. Era rico, de buena figura y poeta; habia por tanto recibido del cielo todas las dotes de una vida feliz, pero un mal augurio habia dado un matiz triste á su entrada en la vida. Mirelli habia nacido en la aldea de San Antimo, feudo de su familia. Apenas se supo que su madre habia parido un hijo se comunicó la órden á la capilla de un convento de que echasen las campanas á vuelo para anunciar aquel feliz suceso á toda la poblacion. El sacristan estaba ausente; un fraile se encargó de aquel cuidado; pero inhábil en tal ejercicio, en el movimiento de rotacion se dejó arrebatarse por la cuerda, y en lo mas alto de su ascension, perdiendo la cabeza, poseido de un vértigo, abandonó, su punto de apoyó, cayó en el coro y se rompió las dos piernas. A pesar de haber quedado tan mutilado, no por eso dejó el pobre religioso de arrastrarse hasta la puerta del coro, desde donde pidió auxilio; acudieron en su socorro y le trasportaron á su celda; pero por mas cuidados que le prodigaron, espiró al dia siguiente.

Este suceso habia hecho gran sensacion en la familia; y esta historia referida al jóven Mirelli muchas veces, se habia grabado profundamente en su imaginacion. Sin embargo, rara vez hablaba de ello.

He aqui el hombre que los napolitanos habian elegido para su campeón.

En cuanto al marqués de Crescimani, era un hombre

muy digno de ser opuesto á Mirelli, por mas que las cualidades que habia recibido del cielo, fuesen acaso menos brillantes que las de su jóven adversario.

El dia y en la hora convenida, se encontraron los dos rivales frente á frente : ni uno ni otro estaban animados de odio alguno personal, antes por el contrario, habian vivido hasta allí mas bien como amigos que como enemigos.

Al llegar al sitio de la cita, se adelantaron el uno hácia el otro sonriendo, se apretaron la mano y se pusieron á hablar de cosas indiferentes, mientras los testigos arreglaron las condiciones del combate.

Llegado el momento, se alejaron veinte pasos, recibieron sus armas cárgadas, se saludaron sonriendo, y luego, dada la señal, dispararon los dos uno sobre otro : ninguno de los dos disparos acertó.

Mientras se volvian á cargar las armas, Mirelli y Crescimani se dirigieron algunas palabras sobre su mútua torpeza, pero sin abandonar su puesto. Volvieron á entregarles las pistolas cárgadas de nuevo. Hicieron fuego por segunda vez, y entonces, como á la primera, los dos erraron.

En fin, al tercer disparo cayó Mirelli.

Una bala le habia atravesado de parte á parte por encima de las caderas; creyósele muerto, pero cuando se acercaron á él, vieron que solo estaba herido. Verdad es que la herida era terrible, la bala le habia atravesado todo el cuerpo, y al pasarle habia roto el tubo intestinal.

Hicieron aproximar un carruaje para trasportar al herido á su casa; quisieron sostenerle para ayudarle á subir en él; mas separó con la mano á los que le ofrecian su ayuda; y levantándose precipitadamente haciendo sobre sí mismo un esfuerzo increíble, se lanzó en el carruaje diciendo :

— Vamos, pues; no se dirá que he tenido necesidad de

que me sostengan para subir, aunque fuese á mi góndola.

Apenas entró en el carruaje, se exacerbó el dolor, y se desmayó. Llegado á su casa, quiso apearse como habia montado, pero no se lo permitieron. Dos amigos le cogieron en brazos y le llevaron á su lecho.

Enviaron á buscar al mejor cirujano de Nápoles, el doctor Penza; era un hombre que se habia ganado en la ciencia un nombre europeo. El doctor sondeó la herida y dijo que de nada respondia, pero que en todo caso la cura seria larga y horriblemente dolorosa.

— Haced lo que querais, doctor, dijo Mirelli. Mario no arrojó un grito mientras le disecaban la pierna; yo seré mudo como Mario.

— Si, dijo el doctor; pero cuando el cirujano concluyó con la pierna derecha, no permitió Mario entregarle la izquierda. No me dejéis emprender una operacion para detenerme en medio de ella.

— Llegareis hasta lo último, doctor, estad tranquilo, respondió Mirelli; mi cuerpo os pertenece, y podeis anatomizarle á vuestro placer.

Con esta seguridad comenzó el doctor.

Mirelli cumplió su palabra; pero á medida que la noche se aproximaba, parecia mas agitado, mas inquieto, tenia una fiebre intensísima. Velábale su madre con dos de sus amigos. A eso de las once se durmió, pero á la primer campanada de las doce despertó. Entonces, sin que viera al parecer á los que estaban allí, se apoyó sobre el codo, y se puso como á escuchar. Estaba pálido como un muerto, pero sus ojos tenian el ardor del delirio. Pero á poco se fijaron sus miradas en una puerta que daba á un gran salon. Su madre se levantó y le preguntó si necesitaba algo.

— No, nada, respondió Mirelli; es él que viene.

— ¿Quién es él? preguntó su madre alarmada.

— ¿Oís el roce de su hábito en el salon? exclamó el he

rido. ¿Lo oís? Mirad, viene, se aproxima; ved, la puerta se abre.... sin que nadie la empuje.... ¡Vedle ahí.... vedle ahí!... Entra... se arrastra sobre sus piernas rotas.... viene derecho á mi cama. Levanta tu capucha, fraile, levanta tu capucha, vea yo tu rostro. ¿Qué quieres?... ¡habla... veamos!... ¿vienes á buscarme?... ¿de dónde sales?... de la tierra.... Mirad, ¿le veis?... levanta las dos manos, las bate la una contra la otra; producen un sonido hueco, como si no tuviesen nada de carne.... ¡Pues bien! si, te escucho, ¡habla!...

Y Mirelli, en lugar de intentar huir de la terrible vision, se aproximaba al borde de su cama como para oír sus palabras; mas al cabo de algunos segundos de prestar atencion, durante los cuales permaneció en la actitud de un hombre que escucha, arrojó un profundo suspiro, y cayó sobre su lecho murmurando:

— ¡El fraile de San Antimo!

Solo entonces fué cuando recordaron aquel suceso acaecido el día de su nacimiento, es decir, veinte y cinco años antes, y que conservándose siempre vivo en la imaginacion del jóven, tomaba un cuerpo en medio del delirio.

Al día siguiente, sea que Mirelli hubiese olvidado la aparicion, ó que él no quiso dar ningun detalle, respondió á todas las preguntas que le hicieron que ignoraba completamente lo que querian decirle.

Durante tres meses se renovó la aparicion infernal todas las noches, destruyendo de ese modo en pocos minutos los progresos que hacia su curacion en lo demas del tiempo. Mirelli parecia ya un espectro. En fin, una noche pidió con insistencia le dejasen solo, y con tal tenacidad, que su madre y sus amigos no pudieron oponerse á su voluntad. A las nueve, habiendo abandonado todos la alcoba, puso su espada bajo la almohada y esperó. Sin que él lo supiese, estaba oculto uno de sus amigos en una habitacion inmediata, mirando por una puerta vidriera, y dis-

puesto á auxiliar al enfermo si tenia necesidad de socorro. A las diez se durmió como de costumbre, pero á la primera campanada de las doce se despertó. Al punto le vió incorporarse sobre el lecho y mirar hácia la puerta con vista fija y febril; un instante despues enjugó su frente, por la que le corria el sudor; se le erizaron los cabellos y una leve sonrisa vagó por sus labios; luego, cogiendo su espada, la sacó fuera de la vaina, saltó de la cama, tiró dos estocadas como si hubiese querido atravesar á alguno con la afilada hoja, y lanzando un grito, cayó desmayado sobre el pavimento.

El amigo que estaba observando acudió al punto y llevó á Mirelli á su lecho: mas apretaba este con tanta fuerza la guarnicion de su espada, que no se le pudo arrancar de la mano.

Al día siguiente hizo venir al superior de San Antimo, y le pidió, en el caso de que muriese á consecuencia de su herida, se le enterrase en el claustro del convento, reclamando ese favor, si escapaba con vida por entonces, para la época en que muriese, cualquiera que fuese esa época y el lugar en que espirase. Luego refirió á sus amigos que habia resuelto la vispera desembarazarse del fantasma luchando cuerpo á cuerpo, pero que habiendo sido vencido, le habia prometido hacerse enterrar en su convento; promesa á que no habia querido acceder hasta entonces; tanto le repugnaba que pareciese cedia á un temor, aunque fuese religioso y sobrenatural.

A partir desde aquel momento, la vision desapareció, y nueve meses despues Mirelli estaba completamente curado.

Hemos referido en detalle esta anécdota, en primer lugar porque semejantes leyendas, especialmente entre los contemporáneos, son raras en Italia, país el menos fantástico de la tierra; y ademas porque nos ha parecido que presentaba en un solo hombre tres clases de valor muy di-

ferentes : el valor patriótico, que consiste en arriesgar con indiferencia su vida por la causa de la patria; el valor físico, que consiste en soportar heroicamente el dolor; y en fin, el valor moral, que consiste en reaccionarse contra lo invisible y en luchar contra lo desconocido. Bayardo ciertamente hubiese tenido los dos primeros, pero es dudoso que hubiera tenido el tercero.

Ahora pasemos al valor civil.

Estamos en 99; los franceses han evacuado la ciudad de las delicias. El cardenal Ruffo, habiendo partido de Palermo, ha bajado por la Calabria y sostenido por las flotas turca, rusa é inglesa que bloquean el fuerte, ha sitiado á Nápoles, y viendo la imposibilidad de tomar la ciudad, defendida del lado de tierra por Caracciolo, y por la parte del mar por Manthony Caraffa y Schiapani, ha firmado una capitulacion que asegura á los patriotas la vida y la fortuna libres : cerca de su firma se lee la de Foote, comandante de la flota británica; de Kerandy, comandante de la flota rusa, y de Bonnién, comandante de la flota otomana. Pero en una noche de desórden y de orgía, Nelson desgarró el tratado. Al día siguiente declara que la capitulacion es nula, que Bonnién, Kerandy y Foote se han estralimitado de sus poderes tratando con los rebeldes y entregó al conono de la córte, en cambio del amor de lady Hamilton, los rebaños de víctimas que se le piden. Entonces hubo espectáculos y diversion para muchos dias, porque habia cerca de veinte mil cabezas que hacer caer. Pues bien : todas aquellas cabezas cayeron, y ni una tan solo cayó deshonrada por una lágrima ó por un suspiro.

Citemos al acaso algunos ejemplos.

Cyrillo y Pagano son sentenciados á la horca. Como Andrés Chenier y Roucher, se encuentran al pie del cadalso : allí disputan sobre quién morirá el primero, y como ninguno de los dos quiere ceder su sitio al otro, echan pajas. Gana Pagano, tiende la mano á Cyrillo, pene

entre sus dientes la tira con que habian echado suertes, y sube la ignominiosa escalera con la sonrisa en los labios y la serenidad retratada en su frente.

Hector Caraffa, tío del compositor, es sentenciado á ser decapitado; llega al cadalso, le preguntan si tiene algun deseo que espresar.

— Si, dice, deseo mirar el acero de la cuchilla.

Es guillotinado echado de espaldas en lugar de estar tendido boca abajo.

Aunque este artículo está consagrado á la aristocracia, diremos algunas palabras acerca del valor religioso. Este valor es el del pueblo.

En el momento en que Championnet marchaba sobre Nápoles proclamando la libertad de los pueblos y creando repúblicas á su paso, esparcieron los realistas en la ciudad el rumor de que los franceses iban para quemar las casas, saquear las iglesias, robar las esposas y las doncellas, y trasportar á Francia la estatua de San Genaro. A estas acusaciones, tanto mas acreditadas cuanto mas absurdas son, los lazzaroni, á quienes las palabras honor, patria y libertad no hubieran podido despertar de su sueño, se levantan de los pórticos de los palacios de que hacen su mansion, llenan las plazas públicas, se arman de piedras y de palos, y medio desnudos, sin gefes, sin táctica militar, con el instinto de las bestias salvages que defienden su guarida, su hembra y sus cachorros, y á los gritos de : ¡viva San Genaro! ¡viva la santa fé! ¡muera los jacobinos! combaten sesenta horas con los soldados que habian vencido en Montenotte, atravesado el puente de Lodi y tomado á Mántua. Al cabo de este tiempo, Championnet no habia conseguido todavía mas que llegar á la puerta de San Genaro, sin ganar un palmo de terreno en todos los demas puntos.

Se me objetará sin duda á todo esto con la revolucion de 1820, el paso de los Abruzzos abandonado sin lucha.

Responderé una sola cosa, y es que los gefes que mandaban aquel ejército, y que tenían enfrente las bayonetas austriacas, veían levantarse tras sí las hogueras y los patibulos de 99; que sabían se les hacia traicion en Nápoles mientras iban á morir á la frontera; y en fin, que era una guerra nacional que Pepé y Carrascosa habían emprendido á su cuenta y riesgo, y que el pueblo napolitano no había sancionado.

Quando atravesamos el reino de Nápoles con nuestras ideas liberales adquiridas, no en el estudio individual de los pueblos, sino en simples teorías emitidas por los publicistas, y echamos una ojeada al aspecto de ese pueblo que vimos tendido casi desnudo sobre el pavimento de los palacios y en los ángulos de las encrucijadas donde come, duerme y vela, nuestro corazon se comprimió al ver aquella aparente miseria y en nuestro filantrópico impetu, exclamamos: « el pueblo napolitano es el pueblo mas desgraciado de la tierra! » Nos eugañamos estraordinariamente.

No, el pueblo napolitano no es desgraciado, porque sus necesidades están en armonía con sus aspiraciones. ¿Qué necesita para comer? Una *pizza* ó un pedazo de *cocomero* que pone entre sus dientes: ¿qué necesita para dormir? Una piedra para poner bajo su cabeza. Su desnudez, que tomamos nosotros por un dolor, es por el contrario un placer en aquel clima ardiente como el sol que reviste con sus colores. ¿Qué dosel mas magnífico podría pedir á los palacios que le prestan su suelo que el cielo aterciopelado que centellea sobre su cabeza? Cada una de esas estrellas que brillan en la bóveda del celeste firmamento ¿no es en su creencia una lámpara que arde al pie de la Madona? ¿Con dos granos diarios no se procura lo necesario? Y de lo supérfluo ¿no le queda todavía con que pagar generosamente al poeta improvisador del muelle y al conductor del corricolo?

Lo que es desgraciado en Nápoles es la aristocracia que con leves escepciones está arruinada, como hemos dicho, hablando de la nobleza de Sicilia, por la abolicion de los mayorazgos y fideicomisos; la nobleza que lleva un gran nombre y que no tiene con que dorarle, que posee palacios y deja vender sus muebles.

Lo que es desgraciado en Nápoles es la clase media que ni tiene comercio ni industria, que posee una pluma y no puede escribir, que goza una voz y no puede hablar; esa clase que calcula que tendrá tiempo sobrado de haber muerto de hambre antes que reúna en sí bastante número de nobles filósofos y de *lazzaroni* inteligentes para formarse una mayoría constitucional.

A su debido tiempo volveremos á hablar acerca del *mezzo ceto* y de los *lazzaroni*. Este artículo nos ha llevado ya demasiado lejos, puesto que no debia consagrarse mas que á la nobleza; pero de deducción en deducción se da la vuelta al mundo. Tranquilícese el lector; descubriremos á tiempo nuestro error y nos detenemos en Toledo.